

# Ampliando la mirada del patrimonio quiteño

*Broadening the outlook for Quito's heritage*

*Ampliando a mirada sobre o patrimônio de Quito*

**Víctor Hugo Torres D.**

*Universidad Politécnica Salesiana, Ecuador*

DOI: <http://dx.doi.org/10.29078/rp.v0i50.784>

Las evidencias de que existen distintas capas arqueológicas prehispánicas, deliberadamente minimizadas en las excavaciones para la construcción del metro en el centro de la ciudad, quedan claramente expuestas en el libro *El patrimonio en disputa La plaza vs. el metro*, publicado por la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador. Después de la lectura de los textos que componen el libro, no cabe duda de que la construcción de la parada del Metro de Quito en la Plaza de San Francisco, valorada como parte del mayor complejo patrimonial del centro histórico, no consideró mayormente su condición de legado cultural, sino que, llanamente, dio paso a las obras de remoción del túnel transversal que atraviesa la urbe desde Quitumbe en el sur hasta El Labrador en el norte, con que el metro buscaría constituirse en la columna del sistema de movilidad pública de la ciudad. Su trazado ratifica la funcionalidad económica y turística que las instituciones urbanas han conferido al centro histórico quiteño, más allá de las actividades informales y del masivo comercio callejero que durante el día retoman sus calles y plazas.

El libro reúne seis artículos que, desde distintas perspectivas disciplinarias, investigan en el pasado y presente sobre los vestigios culturales de los pueblos ancestrales asentados en lo que ahora es el centro de la ciudad, específicamente sobre los usos y sentidos de la plaza de San Francisco, enriqueciendo su acervo de conocimientos históricos y espaciales. Los textos, suficientemente documentados, antes que verdades absolutas o supuestas sustanciaciones identitarias, plantean innovaciones en la comprensión de los nexos entre la ciudad y sus edificaciones monumentales, proponen nuevas maneras de estudiar la compleja problemática patrimonial del centro

histórico quiteño, teñido de enraizados simbolismos hispanistas. Por ello, a continuación, me referiré someramente a solo un aspecto de la complejidad temática que aborda cada uno de los textos, para ilustrar los enfoques de sus autoras y autores.

Un marco de tensiones caracteriza al centro histórico desconectado de los planes urbanos, con sus significados culturales minimizados por el “saber técnico” de la gestión empresarial pública, pues la ciudad se desarrolla a espaldas de su pasado, argumenta Rosemarie Terán Najas, analizando la política urbanística quiteña que creó la institucionalidad metropolitana para la “puesta en valor” de las edificaciones patrimoniales. El relato hispanista monumentalista de la “arqueología de rescate” que justificó las excavaciones del metro, minimizó los hallazgos en el subsuelo de la plaza, dice la autora, desconociendo que eran expresión de un complejo esquema de relaciones coloniales de poder que ponen en entredicho la “ficción” fundacional de Quito de cara al papel de las ciudades en la conquista, la forma de damero como organizador del espacio y la capacidad hispanista de crear núcleos urbanos; tendencias que contextualizaron también los cambios espaciales y simbólicos del complejo franciscano. De ahí que se requieran nuevos lenguajes patrimoniales que permitan entender la compleja relación entre subsuelo y monumentalidad, conectando las temporalidades que “interrelacionan registros culturales distintos”.

Precisamente, la plaza de San Francisco, más allá de la estación de metro, es un “lugar” único en la geografía de la meseta quiteña que guarda “memoria, historia y significados sociales” sobrepuestos en un mismo espacio: fue un *catu* o mercado prehispánico intrarregional, más tarde una plaza-mercado conectada con las calles y plazas de la cuadrícula colonial, en la República centro de actividad comercial, religiosa y política, y contemporáneamente parque y luego plaza patrimonial, explica Inés del Pino. Desde la perspectiva del vínculo entre el lugar como lo íntimo y la geografía como lo abierto, la investigadora destaca su importancia en un contexto más amplio, pues la plaza fue parte de la red de nueve ferias itinerantes en la cuenca del río Guayllabamba, se convirtió en el centro de control regional de los señoríos, luego en el núcleo fundacional urbano vinculado a la topografía del entorno, siempre conectando la “urdiembre de caminos antiguos”; después de ser el parque Bolívar, con la declaratoria patrimonial la plaza se convirtió en sitio de “contemplación y turismo”, y yo añadiría, ahora es una parada del metro de Quito que atraviesa la ciudad y articula la movilidad del distrito metropolitano, suscitando múltiples interrogantes.

Entre ellos, Susan V. Webster se pregunta: ¿cómo podemos concluir sobre lo que solo podemos ver parcialmente, como en el caso de las excavaciones de la plaza de San Francisco? Justamente cuando el sitio de los hallazgos es

la parte más antigua del complejo franciscano, por lo que presumiblemente son vestigios de canalizaciones y alcantarillados coloniales construidos por “maestros albañiles indígenas”. La respuesta inquiere sobre la “transparencia y opacidad” en las decisiones municipales en la construcción del metro. Del mismo modo, Hugo Burgos Guevara manifiesta que las excavaciones desenterraron “tres cámaras de un complejo grande de cangagua con escalinatas y hornacinas”, indicativos de una “complejidad funeraria” que pudieran tener relación con el “ajuar funerario” de la nobleza inca, cuyo palacio estaba en el cerro de El Placer sobre la iglesia. Los hallazgos fueron “sometidos a una política municipal de ocultamiento”, comenta el estudio, reeditando los “prejuicios no-académicos” que niegan los aportes aborígenes en el “trazado y estructura de la ciudad”, afirmando que lo urbano fue únicamente creación ibérica.

En la minimización de los hallazgos arqueológicos en la plaza de San Francisco también fue importante la “disputa en la opinión pública”, respaldada en opiniones “autorizadas” que, a través de la prensa escrita, pedían mayores estudios de las consecuencias de las intrusiones en el mayor conjunto monumental de la ciudad, pasando de la defensa patrimonial a señalar su “carácter alegórico”; el municipio respondió con un “Plan de Socialización” orientado a contestar preguntas e informar sobre las ventajas del metro, escamoteándose los impactos patrimoniales, revela Santiago Cabrena Hanna. Asimismo, el silencio del municipio en las primeras etapas de la intervención, fue develado por distintas opiniones alineadas con el “marketing patrimonial”, ante lo cual desde la “Oficina del Cronista de la Ciudad” se afirmó que las intervenciones “correspondían a una natural transformación de los usos en el emblemático espacio”, en defensa de la construcción de la estación subterránea. Para Cabrera Hanna estas argumentaciones, así como el foro organizado por el municipio que justificó decisiones ya tomadas, y el informe de prospección encomendado a una universidad local a manera de “respuesta oficial” que desvirtuó las posturas ciudadanas alternativas, expresan “brechas significativas” entre la racionalidad técnica patrimonial y las “oblicuas relaciones” ciudadanas con los bienes culturales.

Lo cierto es que la construcción de la parada en la plaza de San Francisco y el túnel de la línea 1 del metro, avanzan inexorablemente en medio de un contexto de reducción de la densidad demográfica, como ocurre en el centro histórico de Quito que pierde cada año una cantidad importante de habitantes, incluso en la mayoría de manzanas del “área de influencia directa de las estaciones del metro”, junto a una tendencia de concentración de actividades comerciales, turísticas y de servicios especialmente en torno a la plaza de San Francisco, explica Henri Godard. Proponiendo un ejercicio prospectivo, el académico advierte tres escenarios posibles en torno a la emblemática plaza.

Un “escenario poco probable a corto plazo” de gentrificación con la “sustitución de la población de bajos ingresos por población de ingresos medios o altos”, y el aumento de las inversiones privadas de “los nuevos propietarios”; si bien hay una reestructuración del centro histórico, es sin reemplazo de la categoría social de sus habitantes, por lo que este escenario es improbable, dice Godard. Un “escenario pesimista” de degradación y tugurización también es poco probable, dado que las inversiones públicas difícilmente abandonarán al centro de la ciudad, y por la dinamización que ejercerán las “bocas de las paradas del metro”. El más probable es un “escenario verosímil” por la dinamización de las actividades comerciales y servicios que provocará la parada del metro, el turismo patrimonial diurno y el cultural nocturno, la relocalización de las dependencias administrativas y las políticas de vivienda, procurando equilibrio y funcionalidad.

De lo dicho, no cabe duda que la intervención municipal en torno a la plaza de San Francisco es parte del estilo metropolitano de concentración elitista de las decisiones públicas que afectan a la ciudad, en las altas esferas de las autoridades locales y sus aliados, sin consideración de la población, y menos aún con la participación de la ciudadanía afectada por su localización inmediata en el área de influencia directa del metro. No obstante, abre también una oportunidad para avanzar en la gestión cultural complementaria entre la preservación monumental, el uso intensivo de los bienes patrimoniales y la revitalización de las identidades culturales urbanas. En suma, se trata de un libro de lectura obligada para todas las personas preocupadas en renovar las maneras de comprender e investigar académicamente el abigarramiento de temporalidades, historias y espacios del centro histórico de Quito en su interacción regional.